

INTRODUCCIÓN

ENTRE QUIEBRES Y MEDIACIONES: DESDE LA CONSTRUCCIÓN DEL “TERCER ESPACIO” EN LA NARRATIVA ANTIESCLAVISTA CUBANA

Este trabajo plantea un acercamiento a la narrativa antiesclavista cubana desde la experiencia colonial. Lejos de considerar a los textos que aquí se estudian sólo como la traducción de la otredad del esclavo africano, mi análisis se ocupa de mostrarlos como producto de los múltiples entrecruces de poder en los que se debatía el sujeto intelectual cubano. Es así como en las obras antiesclavistas se representa al “otro” esclavo desde la posición privilegiada del intelectual criollo que habla de los sufrimientos de su “inferior” en la escala social, a la vez que acusa al gobierno colonial español. A partir de esa (o)posición de superioridad/inferioridad, la escritura antiesclavista representa el contradictorio cambio en las posiciones de poder por parte de sus autores, puesto que si están por “encima” del sujeto narrado, están por “debajo” de sus destinatarios ingleses. No hay que perder de vista que la intelectualidad cubana escribe desde la “marginalidad” de las Antillas a un lector británico con el que procuraba establecer una alianza neo-colonial, de acuerdo a los modelos occidentales de desarrollo. La posición mediadora del letrado criollo entre esclavos cubanos/poder inglés se convierte en un discurso de complejas y problemáticas confluencias que apuntan a la escisión de la Cuba colonial. Esta mediación que desata múltiples fisuras, ambivalencias y contradicciones en el discurso narrativo antiesclavista, le permite al sujeto colonial la articulación de estrategias de resistencia con que ventilar un saber alterno. Con ello instaura prácticas cognoscitivas que retan al orden colonial español, a la vez que infiltra su forma de pensar y sentir a la incipiente nacionalidad cubana, desfasada de la centralidad metropolitana.

Antes de iniciar nuestra lectura es necesario explorar esta idea de la ruptura y de la mediación *vis-à-vis* del orden colonial. Al hablar de ruptura aludo a cualquier tipo de interrupción abrupta en el discurso narrativo, de incoherencia descriptiva o de inconsistencia en el manejo de elementos tipográficos, tal como se presenta y se discute respectivamente en *Autobiografía de un esclavo* (1840) de Juan Francisco Manzano, *Sab* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde. Estas particularidades de la escritura antiesclavista son las estrategias narrativas que maneja el sujeto intelectual cubano para insertar su voz en la rigidez del

sistema colonizador metropolitano. Con ellas se da paso a la puesta en escena de su lucha por hacerse con un espacio epistemológico propio frente a la hegemonía española. Por su parte, la idea de la mediación apunta no sólo a la realidad de una subjetividad escindida entre Europa/África y los blancos/los negros/los mulatos, sino a la búsqueda de su independencia intelectual frente al centralismo peninsular. Es por ello que mi lectura no insiste en consideraciones críticas que ven la narrativa antiesclavista como la denuncia de las atrocidades del sistema esclavista o como un cuadro de la realidad socio-política de la Cuba decimonónica, para abordarla a partir de la complejidad del discurso minoritario que la atraviesa.

A lo largo de estas páginas la narrativa antiesclavista cubana no es simplemente la escritura-traducción del espacio de la otredad del esclavo cubano, sino de la otredad de la intelectualidad cubana. Es la legitimación de un saber criollo y marginal frente al discurso del poder español. A través de los silencios, las rupturas y las contradicciones del discurso abolicionista, el sujeto colonial subalterno se las ingenia para refutar la legitimidad totalizadora de la metrópoli, a la vez que la socava con un saber propio.

Con este propósito me acerco a *Autobiografía de un esclavo*, *Sab* y *Cecilia Valdés* desde la noción de un sujeto que se niega a permanecer en la periferia para asumir una posición contestataria que sabotea los cimientos del poder colonial al problematizar la oposición binaria del “centro” y del “margen”. Es así como a partir de sus propias incertidumbres y ambivalencias; de su imposibilidad para anclarse en la marginalidad o diluirse en la centralidad del poder español, este sujeto revela las parcialidades que atraviesan al discurso colonial.

Mi estudio dialoga con acercamientos críticos como “From Serf to Self: the autobiography of Juan Francisco Manzano” (1991) de Sylvia Molloy, “El discurso jerárquico en *Cecilia Valdés*” (1991) de Juan Gelpí, “Cuerpo, Lengua, Subjetividad” (1993) de Julio Ramos y *The Representation of Slavery in Cuban Fiction* (1994) de Lorna V. Williams, entre otros. Estos escritos han contribuido a pensar la ficción abolicionista más allá del costumbrismo o del romanticismo; inclusive, a descentrarla del eje antiesclavista en cuanto a representación exclusiva de la realidad política, económica y social en que se debatía la Cuba decimonónica. La elaboración de ciertas agendas ideológicas –como la lucha por establecer una identidad cultural frente a la metrópoli, de crear las bases de la literatura cubana, de marcar diferencias entre “lo criollo” y “lo peninsular”, de imaginar a un sujeto nacional como productor de un discurso que, a su vez, transparenta en su escritura las contradicciones que lo atraviesan– ha sido la incitación que ha motivado el diálogo que procuran ser estas páginas.

La gran mayoría de los estudios del corpus antiesclavista se ha dedicado en gran parte a explorar la narrativa abolicionista cubana desde su carácter propagandístico en su interés por generar compasión hacia el esclavo y por condenar el tráfico negrero; concentrándose, además, en el contexto de producción (Sánchez, Leante), el predominio de la estética blanca (Luis, Jackson) y el problema de la representación de los personajes negros (Schulman, Barreda). Y aunque el tema de la raza forma parte seminal de este trabajo, habría que señalar que mi acercamiento a la narrativa abolicionista se apoya en la manera en que la crítica negra y la poscolonial se plantean la escritura “racial”. Lejos de aceptar la rigidez estructural de categorías étnicas como *lo blanco* o *lo negro-lo mulato*, teóricos como Henry Louis Gates Jr., Werner Sollors, Trinh T. Minh-ha y Satya P. Mohanty, entre otros, se han dado a la tarea de deconstruir ese binarismo cromático para mostrarlo como un proceso dinámico más que como un armazón inamovible. Los distintos enfoques que utilizan estos críticos al cuestionar el “mito del centro y del margen” o la idea de creer que en una colonia todo el mundo está en la periferia mientras que el centro no puede ser marginado o, más exactamente, que los blancos son los colonizadores y los negros los colonizados (Ashcroft, Griffiths y Tiffin, 1995: 213) me han permitido explorar mi idea de la ruptura y de la mediación. Sin procurar hacer un inventario exhaustivo de esos enfoques, paso ahora a esbozar algunos de los criterios teóricos utilizados en mi análisis.

El primero de ellos: el concepto de la escritura “racial” como un proceso interactivo. Pensar la escritura racial como una especie de “toma y daca” facilita la apreciación de las dinámicas culturales, sociales y estéticas que reproducen los textos antiesclavistas. Esa energía propulsora deconstruye la barrera centro/margen o blanco/negro-mulato, deshaciendo lo que parecería ser el propósito de estas obras; es decir, la búsqueda por establecer separaciones rampantes entre blancos y negros. Al pensar la escritura antiesclavista como un proceso plurivalente, me aparto de las vertientes críticas que la han considerado como inventario de las relaciones entre razas (Jackson 1976), de la representación de la esclavitud (William Luis 1990) o de la caracterización de los esclavos (Barreda 1979). Mi distanciamiento de ese tipo de análisis me lleva a acercarme, sin embargo, a las rupturas textuales que se discuten en los próximos capítulos. Esos quiebres que se observan en irregularidades descriptivas o interrupciones en el discurso narrativo permiten entender la ficción abolicionista como textos portadores de “semillas de comunidad”, según la definición de Ashcroft, Griffiths y Tiffin (1989). Al discutir una de las obras a las que aplican la teoría de la poscolonialidad, estos autores señalan que, aun cuando los textos poscoloniales puedan estar

tratando problemas de raza y cultura en apariencia claramente definidos, cada escrito contiene semillas de comunidad que al germinar y crecer en la mente del lector dan al traste con la ineludible dialéctica de la historia, que es el encuentro entre “lo puro” y “lo híbrido” (1989: 35).

Entender la separación racial como un eje dinámico, permite agudizar la mirada para penetrar en el deseo/rechazo o en la fascinación/repugnancia que proyecta la voz narrativa sobre el “otro” negro/mulato, en un gesto que descubre al hablante como sujeto-objeto de su escritura. El quiebre de esos binomios raciales conecta con mi segundo criterio teórico: el sujeto como productor de enunciados que lo atraviesan y transparentan como un ente inmerso en la lógica discursiva.

El narrador de la ficción abolicionista, a pesar de ser el emisor de un discurso que pretende ordenar las diferencias raciales, no puede evitar ser objeto de la representación. Es por ello que se le descubre inmerso en contradicciones y ambivalencias como sujeto producido y productor de la arbitrariedad misma con que traza espacios de pertenencia racial. Su confusión genera las rupturas discursivas que aquí se analizan y en las que afirma su semejanza con relación a lo negro en cuanto a ser excluido del centro discursivo metropolitano, a la vez que se recuerda su otredad con respecto a lo blanco peninsular al pensarse desde “lo cubano” y en oposición a “lo español”.

Es por esta razón que la lectura cuidadosa de quiebres textuales nos permite entender las contradicciones que atraviesan al sujeto de la enunciación cuando procura agregar el elemento de lo negro al discurso de la identidad nacional, legitimar su autoridad como intérprete de la realidad cubana y construir su “diferencia” frente a lo peninsular. Sin embargo, agregarlo a su definición de “lo cubano” es someterlo a la rigidez de categorías raciales que delatan su vacilación entre deseo/incorporación y rechazo/sometimiento. Aunque, en apariencia, ese vaivén parecería guardar una relación exclusiva con lo negro como un problema exterior al sujeto blanco colonial, esas relaciones ambivalentes permiten leer también el problema que confronta el letrado cubano al procurar definir su autoridad frente al poder metropolitano. Esa mediación entre ambas realidades es la que produce, por ejemplo, fisuras en la descripción del personaje mulato en *Sab* e irregularidades en el uso de las letras cursivas en *Cecilia Valdés*. Como declara Trinh T. Minh-ha en “No Master Territories”: “Any mutation in identity, in essence, in regularity, and even in physical place poses a problem, if not a threat, in terms of classification and control. If you can’t locate the other, how are you to locate yourself” (1995: 217). Y es por eso que a la contrariedad que confronta el letrado cubano al tratar de localizarse a sí mismo dentro de la estructura colonial hay que explorarla a la luz de ese “tercer espacio”, producto de las

contradicciones del discurso antiesclavista desde donde la intelectualidad cubana se las ingenia para retar a la hegemonía española y colar su visión de la realidad nacional.

En “Signs taken for wonders: Questions of ambivalence and authority under a tree outside Delhi, May 1817”, Homi Bhabha señala que “for the colonial hybrid is the articulation of the ambivalent space where the rite of power is enacted on the site of desire” (1994: 112). En ese intersticio de la ambivalencia discursiva, en el que se concentra mi estudio, se negocia la identidad nacional cubana y se desautorizan las prácticas reguladoras del poder metropolitano, por medio de la negación de lo que Abdul JanMohamed denomina “alegoría maniquea”. Por lo tanto, las rupturas discursivas a las que se alude son las piruetas estratégicas de que se vale el colonizado “marginal” para transgredir el discurso colonizador “central”. Así muestra su interpretación de la realidad racial cubana como híbrida, apartándose de las categorías condensadoras peninsulares que pretenden encerrar el espacio colonial en divisiones raciales como lo blanco y lo negro/lo mulato.

Es por ello que mi acercamiento a la ficción abolicionista no se contiene dentro de los parámetros subalternos que la palabra “sujeto” conlleva como ente sometido, sino que se sitúa como ente rebelde que fluctúa entre “el centro” y “el margen” con el fin de repujar en la superficie colonial un espacio de resistencia. Es a partir de él desde donde articula diversas posiciones con las que no sólo da al traste con la oposición binaria del “yo” y del “otro”, sino que elabora una tercera subjetividad con que legitima su autoridad para promulgar un saber que transgrede la centralidad del maniqueísmo colonial. En mi exploración de ese ámbito transgresor, la escritura racial como un proceso plurivalente, las dinámicas de apropiación/negación que atraviesan al sujeto narrativo y la creación de un espacio intermediario criollo se confunden, a la vez que se entrelazan con otras disquisiciones teóricas.

El primer capítulo de este trabajo traza la ubicación histórica de la narrativa antiesclavista dentro de la producción literaria cubana y dentro de la realidad socio-política de la época. La contextualización general de las múltiples agendas políticas que se entrecruzan en la ficción abolicionista facilita, por un lado, la comprensión del espacio colonial en el que se originan estos textos, a la par que dirige nuestro rastreo de las dinámicas escriturarias desde las que la intelectualidad cubana comienza a sentar las bases del discurso nacional cubano frente al metropolitano.

El segundo capítulo estudia la dirección ideológica de las interrupciones del discurso autobiográfico en *Autobiografía de un esclavo* de Juan Francisco Manzano, de algunas de las ya características rupturas del hilo narrativo como: “no se desir lo q^e. aqui paso” (37), “pero pasemos en silencio el resto

de esta exena dolorosa” (45), “Asi saltando p^r. ensima de barias epocas dejando atrás una multitud de lanses dolorosos me señiré unicamente a los mas esenciales” (49), “pero vamos a saltar desde los años de 1810, 11 y 12 hasta el presente de 1835 dejando en su intermedio un bastisimo campo de visitudes escojiendo de él” (51). Al estudiarlas, lo que pretendo es demostrar que por encima de la manipulación y de la censura a que fue sometida la obra, el narrador se las ingenia para dejar sus marcas de escritura y con ellas trazar la particularidad de su localidad cultural. La producción de un texto por encargo, no le impidió al autor arreglárselas para que su voz emergiera más allá del interés propagandístico que se le adjudicó en la época a su relato.

Profundizo en el texto de Manzano principalmente a partir del concepto teórico del rizoma que Gilles Deleuze y Félix Guattari (1983) definen como las líneas de segmentación y fuga que cohabitan en todo texto y que, al reproducirse, inician la inevitable ruptura. La escritura rizomática de *Autobiografía* devela las interioridades que Manzano pretende silenciar en el relato oficial de su vida como esclavo. Al explorar esas interioridades me concentro en su primera gran ruptura textual: “Pasando por alto otros pormenores ocurridos en los días q^e. debía recibir el bautismo, me señiré unicamente a lo agradable pues ahora voi corriendo por un jardin de bellisimas flores, *una serie de felicidades*” (35). Este quiebre en el discurso autobiográfico da origen a lo que he llamado el “discurso de la interioridad” y desde el que me acerco a esa metáfora del jardín que en mi análisis se interconecta con la construcción de una niñez idílica, la celebración de la memoria, la imaginación y la creatividad del sujeto autobiográfico. La complejidad semántica de todos estos elementos hacen de *Autobiografía* un texto rebelde que no cuadra dentro del marco genérico de una autobiografía escrita por un esclavo.

El tercer capítulo se dedica a la exploración de *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda a partir de la ambivalente descripción física del protagonista mulato para mostrar cómo la fisura en la representación de este personaje reta al espacio colonial. Esta sección hace hincapié en la ambivalente autoridad del narrador frente a los componentes raciales o culturales (leyendas, creencias, espacios nativos) que conforman “lo cubano”. Es, precisamente, esa autoridad zigzagueante frente a la diferencia que representan todos esos elementos, lo que le permite al colonizado establecer micro-prácticas de significación que dan al traste con el poder metropolitano y el maniqueísmo colonial.

Al comentar estas “estrategias del débil” trabajo muy de cerca con la descripción gótica del paisaje de Puerto Príncipe, en donde transcurre la acción narrativa, a la vez que me detengo en la leyenda del cacique Cama-

güey y en el personaje de la vieja india Martina, en quien la crítica literaria parecería no haber reparado. Todos estos elementos periféricos le sirven al narrador para romper con los esquemas unívocos de representación que caracterizan al orden colonial metropolitano, mientras ventila nuevas formas de ver y de sentir a la incipiente nacionalidad cubana.

Por su parte, el cuarto capítulo, centrado en *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, estudia los esfuerzos del narrador por controlar el lenguaje que marca los espacios raciales en la novela. Esta fase de mi estudio se concentra particularmente en la tensión que se genera entre lo blanco y lo negro-lo mulato como resultado del manejo irregular de las letras cursivas en el texto villaverdiano. Valga aclarar que al hablar de cursivas no me refiero a las “convencionales” que marcan normas gramaticales para establecer diferencias entre escritura/oralidad y corrección/incorrección si no a las “grifas” que son aquéllas que dificultan la disyunción racial que establece el narrador al inicio de la novela. El uso irregular de esas bastardillas problematiza las relaciones blanco/negro-mulato, yo/otro, inclusión/exclusión inscritas en el lenguaje narrativo. La ambigüedad con que se las emplea es la maniobra táctica a la que recurre Villaverde para infiltrar su voz en el discurso metropolitano, y así dar paso a su definición de la identidad nacional, a la vez que niega y reta los espacios raciales que establece el poder colonial español. En esta sección se ofrece un minucioso inventario de las múltiples instancias narrativas en las que se desintegra el engranaje lingüístico de la diferencia étnica para dar paso a la “racialización”, lo cual complica lo que de primera intención parecía una diáfana división racial entre “los hombres de color” y “los blancos”, tal y como se propone al inicio de *Cecilia Valdés*. En sus conclusiones, el estudio pasa revista a las ambivalencias del discurso antiesclavista como un “contra-discurso” que, desde su “marginalidad”, socava los cimientos del poder metropolitano español.

Para finalizar, tan sólo resta decir que el hilo unificador de estas reflexiones lo determinan las siguientes preguntas, resumen de lo planteado hasta ahora: ¿qué comunican las fracturas del lenguaje antiesclavista sobre la experiencia colonial cubana? ¿Cómo reflejan estas rupturas la ambivalente posición de Cuba en su traducción del esclavismo africano, retrato de su propia situación frente a España? Este análisis, lejos de aspirar a respuestas totalizadoras, sólo intenta abrir un espacio para el despliegue de nuevas interrogantes en la intrincada y problemática realidad de la Cuba decimonónica. Tras su búsqueda van estas reflexiones.